

JOSÉ LUIS ACÍN FANLO

El mundo de las creencias

El desarrollo cotidiano de la vida del hombre se ha visto determinado, a lo largo de la historia, por múltiples factores, destacando entre todos ellos los relativos al propio medio natural. Un entorno que es el primer condicionante que siempre ha tenido para desarrollar su devenir y sus múltiples actividades de todo tipo, además de ser también el primer componente al que el hombre se ha tenido que acomodar y, posteriormente, transformar según sus necesidades y sin destruirlo. Un entorno que, fruto de ese asentamiento y esa utilización, conoce a la perfección, en el que sabe desenvolverse sin ningún problema, si bien son numerosos los asuntos y manifestaciones de los que desconoce su origen, el porqué de su existencia y cómo se producen. Por ello, para darles o encontrar una explicación factible para su mente, aunque no real, y para paliar sus posibles consecuencias, por lo general dañinas, inventó una amplia y bella lista de leyendas, de ritos y supersticiones.

A través de ellos, se da solución a todos los enigmas que ha tenido el ser humano con referencia al medio en el que se ha asentado. Y no solo sobre los fenómenos climatológicos o atmosféricos que observa casi a diario, sino también sobre la propia génesis del medio, sobre el origen y principales accidentes que presenta la orogénesis: las elevaciones montañosas y los valles y demás formaciones que se intercalan entre aquellas. Método, así, para dar una posible y plausible explicación a los diferentes accidentes geográficos, a la existencia de tan altas montañas y tan profundos valles. Y, de paso, se asocia dicho relieve a los personajes legendarios que, en un momento u otro de la historia del hombre, se han ido creando para, así también, dar explicación a la historia de la humanidad.

En lo expuesto anteriormente, en dar un argumento para entender la altura de la más alta elevación pirenaica y de sus picos cercanos, se encuentra el nacimiento de la leyenda de las Maladetas. Un origen pétreo, de reconversión de animales y personas en infinidad de rocas, en pico de imponente porte y altitud; un origen



Las Maladetas, cuyo origen y altiva fisonomía se explica a través de una leyenda

nica, al relato legendario ideado por el hombre. Según este, los enclaves hoy ocupados por algunas de las más altas elevaciones de todo el Pirineo eran, en tiempos ya muy lejanos, un paraíso verde de extensas praderas cubiertas de flores. Allí pacían y vivían los rebaños de ovejas congregados en torno a la majada de Paderna, cuidados por unos ariscos pastores de inflexible corazón. Una cruenta noche se presentó ante ellos una persona de aspecto pobre y desarrapado quien llamó a la puerta de la caseta pastoril pidiendo cobijo y algo que llevarse a la boca. Pero los pastores despreciaron y echaron, dada su presencia y vestimenta, a esta persona que, según algunos, era un peregrino a Santiago que se había perdido por estos contornos y, según otros, el propio obispo Rencio. Este, tras los malos modales de los montañeses, se convirtió, a la par que subía a los cielos, en un ser luminoso, lanzando al instante una terrible maldición sobre aquellos. Empezó entonces una tormenta de rayos que descargó su potente fuerza sobre todo cuanto afloraba de la tierra, y allí quedaron petrificados –después de haberse escuchado un gran estruendo– todos los seres y animales que deambulaban por ese rincón de Paderna. Quedaron, por tanto, convertidos en piedras, y a partir de ese momento se habló de los rebaños pétreos de la Maladeta o, lo que es lo mismo, de estos montes malditos desde dicho suceso. Rebaños y personas de piedra luego moldeados por la acción de los hielos y del viento, de cuya conversión solo se libró –según cuenta alguna variante localizable en el propio valle de Benasque– una pastora que ofreció sin que nadie se diera cuenta un poco de pan al supuesto mendigo.

De este modo explicaba la mente común del hombre pirenaico el surgimiento y existencia de tan elevado y agreste macizo. No lo podía entender de otra manera, y mucho menos podía saber de esa evolución natural y tectónica que dio origen a los Pirineos en su conjunto. Como tampoco podía explicar de otra manera otros asuntos de tema más o menos histórico, estrechamente entroncados con los factores humanos. Surgen así leyendas, historietas, contadas casi en cualquier rincón pirenaico, ribagorzano en este caso, que recurren habitualmente a los mismos motivos: cuentos sobre las brujas y sus diversas actividades; sobre los «moros» –todo lo antiguo es obra de moros, pese a su posible anacronismo, prueba evidente de su asentamiento durante siglos y de la profunda huella que dejaron en este territorio–;

que lo relaciona con uno de los elementos fundamentales en los que se sustenta todo, la tierra –las piedras–, apreciable en otros lugares y en otras montañas, como sucede con la tercera elevación del Pirineo, el Monte Perdido y sus aledañas hermanas, vinculadas en este caso a Pyrene y al surgimiento de la cadena pirenaica.

Así pues, para entender la prominente silueta del Aneto y de todo el macizo de La Maladeta hay que atender, además de –lógicamente– a la propia explicación geológica y tectónica,

sobre «las abuelas» –las dos últimas supervivientes de un lugar, de un pueblo–, mito muy extendido y que en la gran mayoría de las ocasiones nada tiene que ver con lo que apunta –grave enfermedad que asola a toda una población–, sino a endeudamientos contraídos por parte de los habitantes del pueblo *amortado*; o sobre personajes concretos, como el apóstol Santiago, cuyo caballo salta de un lado a otro de un valle o de unas peñas, dejando la huella imperecedera de sus cascos en las rocas. O también, por citar algunos ejemplos, ritos relacionados con las necesarias actividades económicas, en especial con las faenas agrícolas y ganaderas (al igual que sucede con algunas artesanías concretas: herrero, alfarero). Se trata de un conjunto de actitudes y creencias ideadas, en el caso de las primeras, para conseguir una buena cosecha y para su salvaguarda; y todo un universo conformado por el medio y las labores a realizar y por una artesanía propia en el caso de las segundas, una serie de manifestaciones que contenían y aún contienen el universo pastoril, todo el imaginario y sorprendente mundo del pastor.



Ermita de Santiago de La Corona, desde donde el apóstol Santiago saltó hasta Caballera

De todos los ejemplos citados hay pruebas fehacientes en Ribagorza, de todos hay relatos legendarios y otras menciones que describen, con ingenio y con sus particularidades, estos asuntos. Entre todos forman ese universo mágico –atractivo y atrayente en todo momento–, que se manifiesta a través de las múltiples y comunes creencias y supersticiones existentes en las tierras y pueblos ribagorzanos, y en las que intervienen todos los elementos naturales, los animales e, incluso, el hombre. Un conjunto de creencias con las que tratar de explicar lo inexplicable, lo relacionado con fenómenos naturales, atmosféricos o terrestres para los que el habitante de la montaña, como ya se ha dicho –el de la comarca de La Ribagorza también–, no encontraba solución ni significado; unas creencias mediante las que conseguía parapetarse de sus miedos y de todo aquello que escapaba a su mente por incomprensible. Seres del inframundo, tormentas y rayos, animales dañinos y malignos, y otros varios aspectos se dan cita aquí. De ellos se protegían los habitantes de estos pueblos por medio de símbolos, amuletos y enseres que colocaban en diversos puntos concretos de los edificios propios de la arquitectura popular, o portaban ellos mismos encima, o bien situaban en sus cosechas y ganados como único medio conocido con el que conseguir su protección y salvaguarda.

Pero junto con estos temas más generales y extendidos coexisten otros de carácter más particular, esto es, relacionados con un lugar en exclusiva o con una figura relevante por el motivo que fuera. Entre los primeros vuelve a descollar –pues también descolla natural y orográficamente– un hito montaño, una



El Turbón, escenario de reuniones brujeriles según la creencia popular

montaña emblemática, atrayente, enigmática y visible desde prácticamente cualquier punto de la Ribagorza: el Turbón. Allí, en esta emergente, altiva y a primera vista inexpugnable altiplanicie montana se congregaban, según la creencia popular, las brujas para realizar sus prácticas, aflorando por ello sucesos, relatos y apariciones brujeriles en este enclave de gran tradición en estos aspectos, más del imaginario del montañés y de la cultura tradicional que de la pura y dura realidad.

Relatos y creencias vinculados asimismo con seres históricos o míticos, no faltando en este sentido por estos lares la presencia de la figura del apóstol Santiago. De ella hablan las gentes de Santaliestra y alrededores, que cuentan cómo el santo y su caballo saltaron desde la ermita de su advocación en el deshabitado lugar de La Corona hasta el enfrentado *morrón*, la montaña situada en frente, salvando el cauce y amplio valle del río Ésera; cerca, en el también deshabitado Caballera, quedaron grabados los cascos del animal en una piedra, formación rocosa y huellas perfectamente visibles y que dieron origen a esta curiosa narración con la que se hace constar la presencia del apóstol por tierras ribagorzananas.

Y si de curiosidades se habla, aún lo es más la que narra y justifica la formación y el asentamiento disperso del pueblo de Güel, además de ingeniosa e infrecuente. El relato cuenta el deseo de sus moradores de llegar al cielo, para lo cual idearon una estratagema consistente en levantar una torre vertical hecha de cuévanos;



Güel. Su origen y asentamiento diseminado se explica por un relato

al faltarles uno para su culminación, alguien propuso coger el primero de los que conformaban la torre, el situado más abajo, y así se hizo, con lo que la torre se derrumbó y todos los cuévanos se diseminaron por el monte. Tras ello, los habitantes de este pueblo decidieron construir una casa en los lugares donde habían caído cada uno de los citados recipientes de fibras vegetales, situándose el barrio de la iglesia con sus correspondientes casas en el emplazamiento en el que más capazos cayeron.

Curiosos relatos, siempre sugerentes supersticiones y creencias, a los que se suman, como sucede en otras áreas y en todo el Pirineo, aquellos otros más generales, esos más extendidos en la cultura tradicional. Son los relativos a la protección de la casa y de todas las posesiones, animales y personas que se cobijan en ella; los asociados a monumentos megalíticos concretos y sus zonas de influencia y de culto –en numerosas ocasiones cuentan con alguna leyenda entroncada con las brujas o con los moros–; los relacionados con las ermitas como lugares de culto anteriores –a veces precristiano, asociadas con emplazamientos donde hubo megalitos o antiguas construcciones para el culto– y que perviven hasta la actualidad; o –entre otros varios agentes que persiguen la protección o defensa por desconocimiento– la presencia y simbología de una serie de animales emblemáticos en la sociedad tradicional, como gatos –en especial los negros–, serpientes –y todo lo relacionado con el inframundo que comporta este ser que continuamente se arrastra– y gallos –propiciadores del bien frente al mal, saludadores del día frente a la noche, en definitiva, posibilitadores de la vida frente a la muerte–. Un animal este del que en tierras ribagorzanas hay un claro exponente: los cuatro airosos gallos colocados en su día y visibles hasta fechas recientes en las respectivas esquinas de Casa el Albañil de Caballera, cumpliendo así a la perfección con su misión de protección de la casa y de cuanto le pertenece y se cobija en ella.



Llamador de forja con carácter protector

Si destacada es la presencia de creencias, leyendas y supersticiones en las tierras ribagorzanas, también lo es todo lo referente a las fiestas y a las diversas manifestaciones que van íntimamente ligadas a las anteriores. Días prefijados que caracterizaban la vida en los pueblos, en especial los relacionados con el ciclo festivo anual, unas fiestas que tenían lugar en esos momentos fundamentales del año que delimitaban –y propiciaban su cambio– las distintas estaciones: los equinoccios y los solsticios. Así, dicho ciclo se conformaba por hitos tan importantes en el devenir diario y anual como el trastocador Carnaval, la recatada Cuaresma, el purificador día de San Juan o la propiciadora del cambio de año, la Navidad, con su tronca ardiendo todos los días navideños en el hogar de la casa. Momentos festivos del año constatables –al menos hasta fechas recientes– en todos los pueblos ribagorzanos, al igual que en el resto de poblaciones, a los que se asocian otras fiestas celebradas en días concretos como San Antón, la Candelera, Santa Águeda o Todos los Santos.

Días de fiesta

Si destacada es la presencia de creencias, leyendas y supersticiones en las tierras ribagorzanas, también lo es todo lo referente a las fiestas y a las diversas manifestaciones que van íntimamente ligadas a las anteriores. Días prefijados que caracterizaban la vida en los pueblos, en especial los relacionados con el ciclo festivo anual, unas fiestas que tenían lugar en esos momentos fundamentales del año que delimitaban –y propiciaban su cambio– las distintas estaciones: los equinoccios y los solsticios. Así, dicho ciclo se conformaba por hitos tan importantes en el devenir diario y anual como el trastocador Carnaval, la recatada Cuaresma, el purificador día de San Juan o la propiciadora del cambio de año, la Navidad, con su tronca ardiendo todos los días navideños en el hogar de la casa. Momentos festivos del año constatables –al menos hasta fechas recientes– en todos los pueblos ribagorzanos, al igual que en el resto de poblaciones, a los que se asocian otras fiestas celebradas en días concretos como San Antón, la Candelera, Santa Águeda o Todos los Santos.



Ermita de la Virgen de Las Aras (Espés Bajo)

Momentos festivos, además, de inexcusable realización, pues marcan el ritmo de las faenas y sirven de asueto, de esos breves y no muy habituales momentos de diversión y de transgresión de lo cotidiano, de la necesaria rutina y de las obligatorias tareas diarias.

Festividades, por otra parte, que comportaban la realización de romerías, entre las que merecen citarse la de la Virgen de Las Aras y las del pueblo de Aneto. La primera, por congregarse a todos los habitantes del entorno del Turbón, de un lado y de otro, del norte y del sur, quienes en el mes de julio subían –y vuelven a subir tras su recuperación– hasta donde se encuentran los restos de la ermita, en un emplazamiento muy cercano ya al collado que sirve de divisoria, y cuyo culto, si se tiene en cuenta su topónimo –«las aras»– y la proximidad al emblemático monte, se pierde en la noche de los tiempos, en los momentos previos a la cristianización. Por otra parte, son destacables las romerías que se celebran en Aneto, concretamente para San Antón (17 de enero) y para San Pedro (29 de junio). La primera por la procesión que hacen desde las inmediaciones del lugar, donde se levanta un pequeño *pilaret*, hasta el pueblo tocando sin cesar los cencerros; y la segunda porque la procesión se hace cuando se ha ocultado el sol, y la gente lleva *fallas*, o antorchas encendidas, formando un reguero de luz que brilla en la inmensidad de la noche. *Fallas* también presentes en los pueblos de Laspaúles, Neril o Suils.

Son momentos de fiesta en los que, al igual que en los restantes días del año, se practicaban una serie de diversiones y juegos, entre los que destaca uno peculiar y característico de la comarca ribagorzana, el de los bolos, *birllas* en Campo o *quilles* en Benasque. De forma individual o colectiva, por equipos, el juego consiste en derribar un número determinado de bolos –generalmente seis o nueve– colocados de pie, paralelos y agrupados por hileras; para ello se lanza contra los mismos una bola –también denominada *bolo*– de entre 4 y 6 kg de peso, que cuenta, por lo común, con dos hendiduras para asirla con los dedos. Esta diversión puede tener varias jugadas, con distintas denominaciones y expresiones en cada lugar. En algunas poblaciones, como en Campo, es un juego propio de las mujeres.

Las fiestas también implicaban –y lo siguen haciendo en algunos casos– la puesta en escena de distintas representaciones y dances. Entre ellas cabe destacar las de San Marcial de Benasque, San Medardo de Benabarre y las de Graus, sin olvidar

los variados *bailes de mayordomos* –los organizadores de las fiestas– ejecutados en algunas poblaciones, como Bisaurri, Laspaúles, Benasque, Sahún, Eriste, Campo o Liri; el *baile de los pañuelos* en Castejón de Sos o el *del tatero* en Castanesa. Además hay que señalar las *pastoradas* (un diálogo entre dos personajes, el mayoral y el *repatán*), de las que quedan buenos ejemplos en Benabarre y Castanesa, y noticia de su existencia en Anciles, Laguarres, Lascuarre, Luzás, Roda de Isábena, Puente de Montañana o Torres del Obispo, todas ellas ya desaparecidas. Como también se tiene constancia de un elemento característico de la gran mayoría de fiestas desplegadas por Ribagorza, la *pllega*, es decir, la recogida de alimentos por las casas para su posterior subasta por lotes y cuyos beneficios se destinaban al culto. Finalmente, hay manifestaciones festivas ligadas a santos y personajes concretos, pudiéndose destacar en este sentido San Valero, festividad que se celebra en lugares tan dispares entre sí como Secastilla, Roda de Isábena y Aneto.



El peculiar juego de bolos o *birllas* de Campo

La fiesta de San Marcial de Benasque se celebra el treinta de junio, cerrando el ciclo de primavera, y en ella se representa el curioso *ball de Benás*. La fiesta comienza la noche anterior cuando los jóvenes saltan la hoguera formada por haces de paja; en el día de la festividad, tras la misa mayor, se realiza el mencionado *ball*, en el que los danzantes portan un traje con algunos elementos de procedencia ultrapirenaica. La música alcanza su punto álgido cuando se toca el tema que se utilizaría posteriormente en el himno de Riego. El *ball* es, en realidad, una danza de antigua tradición ejecutada exclusivamente por hombres, como sucede en la mayoría del Pirineo, y que contiene asimismo algunos aspectos guerreros. Su representación tiene lugar mientras tañe la campana mayor del lugar llamada *La Marciala*.

En la fiesta de San Medardo de Benabarre destacan la *pastorada* y el *ball dels palitrocs*. La *pastorada* se representa ante la imagen de San Medardo: frente a ella se sitúan los dos actores principales, el mayoral y el *repatán*, que mantienen un peculiar diálogo antecedido por una loa del santo que hace el *repatán*; después comienza a charlar con el mayoral sobre los sucesos más importantes



Benabarre. Ermita de San Medardo

acaecidos en la población y sobre otras situaciones más o menos jocosas que se han vivido en ella a lo largo de los últimos meses. La representación de la pastorada va precedida del segundo elemento a destacar de esta fiesta, el *ball dels palitrocs*, también llamado de los *tochets*, que se escenifica durante la procesión que finaliza en la iglesia y que se vuelve a bailar en la plaza, con sus diferentes mudanzas, tras la celebración de la misa. Fiesta, finalmente, que se inicia la víspera por la tarde, con la romería que va hasta la ermita de San Medardo, sita en las inmediaciones de la población.

Pero de entre todas las fiestas de La Ribagorza hay una que destaca. Es la fiesta del Santo Cristo y San Vicente Ferrer de Graus, celebrada entre el doce y el quince de septiembre y que tiene como principales manifestaciones los danzantes y la Mojjiganga.

El inicio de la fiesta tiene lugar al atardecer del día doce, cuando en el puente de Abajo los danzantes y demás personas esperan la llegada de los gaiteros de Caserras –pueblo situado al sur de Benabarre– que harán posible, con su dulce música, la representación del dance. Alrededor de las siete llegan los gaiteros por el viejo camino, momento en el que empiezan a sonar los soberbios trabucazos (dis-

parados por cuatro *trabuqueros* o *granaderos*) que indican la llegada de los músicos y, por lo tanto, el comienzo de la fiesta.



Danzantes de Graus

Desde allí, en procesión, se inicia la subida hasta el santuario de Nuestra de la Peña, no sin antes haber degustado unos trozos de torta. Esta es una de las especialidades de la villa grausina, que hace delirar a los allí congregados al «pasarla» con vino.

Una vez acabados los actos celebrados en el santuario se entona la tradicional albada:

Al glorioso San Vicente
venimos a saludar
en la morada que tuvo
el beato de Cerdán...

Actos desplegados hasta llegar la noche, cuando el jolgorio se desparrama por las estrechas calles de Graus. Con la oscuridad reinando en la población, junto al monumento de Joaquín Costa, entran en acción los danzantes, que bailan el dance de cintas y el de espadas. De allí parten también danzando con el cortejo de la Mojiganga hacia la plaza Mayor, lugar en el que pende durante las fiestas, en la fachada del ayuntamiento, un famoso personaje chirigotero: el *Furtaperas*, castigado a dar vueltas en el palo al que está colgado por los reyes de la Mojiganga, «purgando así su pena por robar diez peras y haber sido desobediente». Mientras, los danzantes interpretan el *baile de la Cardelina*.

Así se llega al momento estelar de la fiesta, a la representación más curiosa y esperada. Así va a dar comienzo la verdadera farsa teatral popular: la Mojiganga.

Por mojiganga se entiende toda «farsa teatral con figuras ridículas y extravagantes». Ya en el medievo y en el Renacimiento tenía una acepción similar, significando lo mismo con otro concepto: «juicio burlesco y cortesano de la condición humana». Es constatable, dado su aspecto de chanza y la aparición de animales y disfraces, su entronque con ciertas representaciones de tipo pagano, luego cristianizadas y cuyo máximo exponente lo encontramos en las manifestaciones carnavalescas. Todo lo anterior, tangible ya en época romana («juicio de los dioses»), alcanzó su máxima expresión en el siglo *xvi* y, fundamentalmente, en el *xviii*. Es en este momento cuando se produce todo un cúmulo de representaciones teatrales populares en cierto modo influidas y modernizadas por lo cortesano y su teatro, que potencian este tipo de manifestaciones y las encumbran hacia la categoría de teatro culto, aún dentro de su aspecto populachero y del tono de denuncia de cuestiones relacionadas con el devenir del lugar en el último año.

De esta forma, aunque su origen se pueda rastrear en los siglos *xv* y *xvi*, es a partir del *xvii* y, sobre todo, en el *xviii*, cuando la mojiganga adquiere su carácter cortesano y su propia identidad. Es entonces cuando los gaiteros de Caserras y el malogrado *Furtaperas* comienzan a realizar el pasacalles de la Mojiganga, en el que, por un lado, se encuentran los mozos que visten camisa y calzón blanco, que van en busca de sus parejas, que portan sayas blancas, y por el otro los danzantes. Aparecen en segundo término los otros componentes de la comitiva que llevan los más disparatados y grotescos disfraces. Aquí aparecerá la Vieja, la Bruja y otros personajes que conllevan la provocación y la broma como el Estafermo o la Palma de Figa; acompañando toda



La Mojiganga de Graus. Llegada de los participantes



La Mojiganga de Graus. Acto central en la plaza Mayor

esta algarabía, se entremezclan personajes de los distintos gremios. Este que se describe era su normal desarrollo hasta el siglo XIX, cuando la Mojiganga de Graus llega a su cénit y toma el carácter actual: la representación o, mejor dicho, el juicio burlesco en la plaza Mayor.

Y es aquí, en la plaza Mayor, donde actualmente espera la gente el espectáculo. Al rato, en desfile y poco a poco, van pasando los distintos personajes. Dan inicio sus majestades los reyes de la Mojiganga, a quienes apodan *Graciosidades*, rodeados y seguidos por los cortesanos y las damas de

honor; detrás de estos, toda la pléyade de personajes disfrazados: gremios, músicos y trabuqueros, estando toda la comitiva «chancil» y su recorrido iluminados por infinidad de antorchas. En la plaza Mayor los reyes toman sus sitios y da comienzo la audiencia real. Lentamente van desfilando los componentes de la farsa que hacen en voz pública sus llamativas quejas, esas que tratan problemas de actualidad y sucesos del pueblo. Una vez que todos han pasado y expresado su reclamación y sus majestades las han solucionado, concluye toda la representación con un gran baile popular.

La Mojiganga fue prohibida durante la dictadura de Primo de Rivera. Después de un verdadero esfuerzo por parte de la Comisión de la Mojiganga, creada hace ya más de veinte años, y tras la recogida de los datos requeridos para su escenificación, hoy día –y desde 1981– la celebración de la Mojiganga de Graus vuelve a ser posible contra viento y marea de quien o de lo que sea. Esta tradición, acallada por los oscuros años de mediados del siglo XX que se tuvieron que vivir, ha renacido con toda su fuerza y vida. Y ha renacido para siempre con su juerga, chanza y juicio burlesco, como espectáculo, para poder saborear una manifestación curiosa, única y de gran valor que se suma a las restantes –también interesantes y destacadas– tradiciones, formas festivas, creencias, rituales, leyendas y supersticiones que todavía atesoran las tierras ribagorzananas.